

1Co 11,17-26.33 • Sl 39 • Jn 19,25-27

En aquel tiempo, junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

.....



La fiesta de Nuestra Señora de los Dolores nos ubica, con María, al pie de la cruz de su hijo. Ese hijo que perpetúa su presencia en los pobres, los sencillos, los sufrientes...

Y allí nos encontramos nosotros, llamados desde la Hospitalidad a "ser como sus madres", contemplando en María el perfil más certero de aquello que estamos llamados a ser.

Como "sanadores heridos" la necesitamos cercana a nuestras cruces, al tiempo que nos sentimos llamados a estar presentes, como ella, junto a las personas que acompañamos.

María, ven con nosotros al caminar.

.....

1Co 12,12-14.27-31a • Sl 99 • Lc 7,11-17

En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la entrada de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo: «No llores.» Se acercó al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!» El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios, diciendo: «Un gran Profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo.» La noticia del hecho se divulgó por toda la comarca y por Judea entera.



La narrativa de la resurrección del hijo de la viuda de Naín nos confronta con elementos significativos del itinerario terapéutico Hospitalario: saber ver al necesitado, sensibilizarnos, detenernos, tocar, implicarnos, correr riesgos, contar con el otro, integrarlo... Podemos detenernos en el aspecto que más nos impacta.

El punto de partida consiste en ser capaces de ir más allá de la norma cuando está en juego el bien de las personas. Una actitud que puede resultar incómoda porque se convierte en una denuncia testimonial ante la pasividad o la protección que nos brinda el “cumplimiento del protocolo”.

1Co 12,31-13,13 • Sl 32 • Lc 7,31-35

En aquel tiempo, dijo el Señor: «¿A quién se parecen los hombres de esta generación? ¿A quién los compararemos? Se parecen a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros: “Tocamos la flauta y no bailáis, cantamos lamentaciones y no lloráis.” Vino Juan el Bautista, que ni comía ni bebía, y dijisteis que tenía un demonio; vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: “Mirad qué comilón y qué borracho, amigo de publicanos y pecadores.” Sin embargo, los discípulos de la sabiduría le han dado la razón.»

 El “estar en contra”, parece ser una actitud ancestral, alimentada por las más diversas inconsistencias de la personalidad.

Algo de esto ocurría con los contemporáneos de Jesús que rechazaban su persona y sus obras. En toda ocasión debían criticarlo: si comía lo tildaban de glotón, si no comía lo consideraban poseído por un demonio.

Para construir una dinámica comunitaria sana es preciso estar atentos a estos mecanismos. La crítica gratuita, la desautorización, la interpretación tendenciosa, la oposición más visceral que racional, conforman dinámicas de destrucción de la fraternidad que debemos reconocer y superar.

1Co 15,1-11 • Sl 117 • Lc 7,36-50

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. (...) Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora.» Jesús tomó la palabra y le dijo: (...) «¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella, en cambio, me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama.» Y a ella le dijo: «Tus pecados están perdonados.» Los demás convidados empezaron a decir entre sí: «¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?» Pero Jesús dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz.»



Vivimos en una sociedad plural. Convivimos con personas que piensan, sienten, viven desde parámetros no necesariamente iguales a los nuestros.

Jesús nos invita a ser abiertos, elemento característico de todo "corazón Hospitalario". Acoger al diferente, "sentarnos a su mesa" sin por eso renunciar a nuestro modo de ser. El mayor atentado a la diversidad sería perder la propia identidad.

El XX Capítulo General nos recuerda que el servicio Hospitalario debe ser "liberador e inclusivo" en relación a los destinatarios y también en relación a los colaboradores que lo hacen posible.

1Co 15,12-20 • Sl 16 • Lc 8,1-3

En aquel tiempo, Jesús iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, predicando el Evangelio del reino de Dios; lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le ayudaban con sus bienes.



Jesús integró entre sus seguidores a un grupo significativo de mujeres que colaboraban eficazmente en el desarrollo de la misión. Fue un paso provocativo y anticultural orientado a una nueva propuesta de relación entre el hombre y la mujer.

A pesar de ello, tanto la reflexión como la vivencia eclesial de esa igualdad esencial, ha sido empobrecedora y contradictoria. El Evangelio nos invita a reflexionar sobre el lugar de la mujer en la misión Hospitalaria. Se trata de un aspecto identitario a profundizar en sus vertientes de vida consagrada y laical.

1Co 15,35-37.42-49 • Sl 55 • Lc 8,4-15

En aquel tiempo, se le juntaba a Jesús mucha gente y (...) les dijo esta parábola: «Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron, y los pájaros se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso y, al crecer, se secó por falta de humedad. Otro poco cayó entre zarzas, y las zarzas, creciendo al mismo tiempo, lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y, al crecer, dio fruto el ciento por uno.» Dicho esto, exclamó: «El que tenga oídos para oír, que oiga.»

Entonces le preguntaron los discípulos: «¿Qué significa esa parábola?» Él les respondió: (...) «La semilla es la palabra de Dios. Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven. Los del terreno pedregoso son los que, al escucharla, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan. Lo que cayó entre zarzas son los que escuchan, pero, con los afanes y riquezas y placeres de la vida, se van ahogando y no maduran. Los de la tierra buena son los que con un corazón noble y generoso escuchan la palabra, la guardan y dan fruto perseverando.»



La parábola del sembrador se reitera a lo largo del año litúrgico, evidenciando la importancia que tiene el valorar nuestras actitudes personales y comunitarias ante la Palabra.

Nos recuerda que el hecho de entrar en contacto con ella no garantiza fruto alguno. La agresividad del contexto socio-cultural, la falta de profundidad vital, el acoger intereses incompatibles con el seguimiento de Jesús, minan nuestras buenas intenciones e impiden que la Palabra genere y afiance en nosotros una vida en clave de evangelio.

¿Cómo volver fértil nuestra tierra para acoger la Palabra y dar "fruto perseverando"?

Is 55,6-9 • Sl 144 • Fl 1,20c-24.27a • **Mt 20,1-16a**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido.” Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?” Le respondieron: “Nadie nos ha contratado.” Él les dijo: “Id también vosotros a mi viña.” Cuando oscureció, el dueño de la viña dijo al capataz: “Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros.” Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: “Estos últimos han trabajado sólo una hora, y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno.” Él replicó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia por que yo soy bueno?” Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.»

Frase:

"Quiero darle a este último igual que a ti."

Meditación:

¡Vaya plan Señor! ¿Así que darás lo mismo al invitado de última hora que al que lo ha dado todo desde el amanecer? Es que estamos entre estos últimos y no hay derecho.

Definitivamente no entendemos tu concepto de justicia. Y no lo entenderemos hasta que no aceptemos que para ti, amor y justicia no se diferencian. Para ti lo justo es amar sin condiciones.

Y está bien que así sea Señor, porque nosotros no nos salvamos. Nos salvas Tú. ¡Cuánto nos cuesta alejarnos de la teología del mérito!

Oración:

Señor, tu amor-justicia me llena de esperanza. Sabes que, aunque soy de los de la primera hora, nada me diferencia de quienes te abrazan al final del camino. Dame un corazón grande como el tuyo.

Acción:

Quizás conozca a alguien que, aunque su día ya atardece, pueda sumarse al trabajo en la viña. ¿Me atrevo a invitarle?

